

Ciencia, ideología y educación

[Artículos]

Alejandro Tomasini Bassols*

Fecha de entrega: 27 mayo de 2021

Fecha de evaluación: 31 de mayo de 2021

Fecha de aprobación: 05 de junio de 2021

Citar como:

Tomasini, A. (2021). Ciencia, ideología y educación. *Cuadernos de Filosofía Latinoamericana*, 42(125). <https://doi.org/10.15332/25005375.6745>



Resumen

En este ensayo argumento que las grandes ideologías pueden gestarse y propagarse solo si se dan las condiciones materiales apropiadas para ello. No son, por ello, predecibles. En este artículo intento poner de relieve las condiciones *sine qua non* para el surgimiento de ideologías como la de perspectiva de género y el feminismo. Muestro cómo, con el desarrollo del capitalismo, la lucha política fue paulatinamente perdiendo su cariz de clase y fue siendo orientada en gran medida hacia temas relacionados con la sexualidad. Desde mi perspectiva, hay una justificación plausible de la perspectiva de género en contraposición con lo que sucede con el feminismo.

Palabras clave: capitalismo, educación, feminismo, género, sexo.

* Profesor e investigador del Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM, México. Doctor en filosofía de la Universidad de Varsovia. *Master of Letters* de la Universidad de Oxford. Correo electrónico: altoba52@gmail.com

Science, Ideology, and Education

Abstract

In this essay, I argue that great ideologies can be conceived and propagated only if the appropriate material conditions are present; therefore, they are not predictable. In this article, I highlight the *sine qua non* conditions for the emergence of ideologies such as gender perspective and feminism. I show how, with the development of capitalism, the political struggle gradually lost its class character and was largely oriented towards sexuality issues. From my perspective, there is a plausible justification for the gender perspective as opposed to what happens with feminism.

Keywords: capitalism, education, feminism, gender, sex.

Ciencias y pseudociencias sociales

Sin duda, la determinación de límites no físicos, establecer dónde termina algo y a partir de dónde empieza algo nuevo, es uno de los retos intelectuales más difíciles de responder. Dónde en la construcción logicista de las matemáticas terminan la lógica y la teoría de conjuntos y en dónde empiezan las matemáticas; o, en el terreno del lenguaje, hasta dónde llega el reino de la significatividad y dónde empieza el del sinsentido, son buenos ejemplos de ello. E, igualmente, intentar fijar *a priori* los límites del conocimiento y del pseudoconocimiento es una labor que por lo menos al día de hoy ha desembocado en un fracaso casi total. Pasaron ya los eufóricos días del positivismo lógico y sus secuelas filosóficas en los que confiadamente se pensaba que la verificación empírica era la clave para distinguir por lo menos entre ciencia y metafísica y, si no podía serlo, la verificación lo sería entonces la refutabilidad. Nada de eso funcionó. No funcionó tampoco el apelar a métodos ni a esquemas explicativos, como el nomológico-deductivo. El intento de deslindar mediante un procedimiento

a priori entre el genuino conocimiento y el pseudoconocimiento parecía ser un problema simplemente insoluble.

Y en verdad lo era, pero no por las razones que usualmente se dan. Lo era porque en realidad es un pseudoproblema más, un pseudoproblema en sí mismo. El desarrollo de la filosofía del lenguaje puede aquí sernos útil.

Este se inició con consideraciones sobre los significados de términos sueltos y ello dio lugar a ahora célebres teorías del significado. Todas estas, sin embargo, presentaban huecos explicativos y estaban sometidas a multitud de contraejemplos y problemas. Las cosas empezaron a cambiar cuando en lugar de palabras sueltas los filósofos empezaron a ocuparse de oraciones. Este nuevo enfoque sin duda representaba un progreso, pero no era suficiente. Fue hasta que los filósofos entendieron que es por su pertenencia a grupos de oraciones, a por así llamarlos ‘sectores completos del lenguaje’ y estos a su vez son vistos en conexión con multitud de actividades humanas que podemos decir que las palabras tienen significado y cuál es este. Como dice Wittgenstein (1967, sec. 173), “es sólo en flujo de la vida que las palabras son significativas” (sec. 173). Una vez entendido esto, multitud de preguntas que antes se planteaban dejan automáticamente de plantearse, porque ahora nos queda claro que había preguntas que eran simplemente insensatas, porque se formulaban en vacíos lingüísticos y conceptuales que impedían que pudieran ofrecerse respuestas satisfactorias.

Deseo sostener que algo parecido sucede en relación con el conocimiento y el pseudoconocimiento. Fue hasta que se entendió que los genuinos problemas científicos solo se plantean en contextos discursivos apropiados —los cuales presuponen programas de investigación concretos en los cuales se aplica toda la variedad de métodos que sabemos que son usados en las ciencias; que las preguntas emanan de dificultades particulares que brotan de las teorías mismas, no al margen o fuera de ellas; que los

problemas vienen planteados en los términos técnicos apropiados, etc.—, que entendemos lo que es un problema científico y, entonces, fácilmente se le puede distinguir de un pseudoproblema científico. La diferencia no es de vocabulario, de semántica o de propiedades formales de los simbolismos involucrados. Es solo cuando se ve el todo de la investigación científica (el vocabulario, los términos teóricos, las matemáticas, los problemas iniciales, los modos como se engarzan las teorías, las explicaciones causales que se proporcionan, lo que son los contextos técnicos de descubrimiento, etc.), que automáticamente se distingue entre lo que es ciencia y lo que no lo es. Es la descripción minuciosa del todo de la investigación científica, una descripción que involucra laboratorios, una colectividad de investigadores trabajando en relación con los mismos objetivos, instituciones, inversiones, etc., lo que entonces permite distinguir entre afirmaciones científicas y otras que parecen serlo pero que no lo son precisamente porque carecen de todo ese trasfondo. La identificación y la separación de las clases de afirmaciones se hace entonces automáticamente. Así, se buscaba una cualidad especial, un mecanismo *a priori* para distinguir conocimiento genuino de pseudoconocimiento cuando todo lo que se necesitaba era hacer descripciones exhaustivas y omniabarcadoras de las actividades que estuvieran siendo examinadas.

¿A dónde nos lleva todo esto? En primer lugar, al reconocimiento de la idea de que no hay diferentes lenguajes, unos que son científicos y otros que no lo son. Así como no hay tal cosa como un “lenguaje de la filosofía” sino usos filosóficos y usos no filosóficos del lenguaje, tampoco podemos distinguir entre lenguajes científicos y lenguajes no científicos, sino más bien entre **usos científicos y usos no científicos** del lenguaje o, más en general, del simbolismo de que se trate. A la pregunta entonces de si hay características especiales, “criterios de demarcación” que nos permitan

distinguir *a priori* entre tesis científicas y afirmaciones pseudocientíficas, yo pienso que la respuesta es *no*. No hay tal cosa. Para poder condenar un determinado discurso como “no científico” se tiene que efectuar un estudio del complejo contexto discursivo en el que está inserto y, solo así, se puede alcanzar la posición adecuada para finalmente decir algo como “esta tesis” o “esta clase de tesis” son científicas **solo aparentemente**. Pero hay que tomarse la molestia de efectuar el pesado trabajo reconstructivo. La triste realidad es que no podemos descartar *a priori* que automáticamente se vuelvan a gestar tesis metafísicas en el seno del genuino discurso científico mismo. Al igual que un machete, que tanto le sirve al campesino para trabajar en el campo como le sirve a un asesino para matar a una persona, el lenguaje en todo momento es susceptible de ser mal empleado, y desde el punto de vista de la legitimidad lingüística o metodológica no hay mucho que se pueda hacer para impedirlo.

Ahora bien, lo anterior no significa que no podamos desenmascarar el carácter pseudocientífico de diversas corrientes de pensamiento que pretenden hacerse pasar por científicas cuando en realidad son otra cosa. ¿Cómo proceder en estos casos? Yo creo que aquí la expresión clave es *reconstrucción histórica* o, si se prefiere, *génesis historiográfica* o también *etiolología de las ideas*. Para ello, hay que salirse del estrecho mundo de las ideas que se quiera examinar para tratar de exhibir o sacar a la luz su funcionalidad, sus grados de justificación, sus condiciones de existencia, etc. Eso es lo que me abocaré a intentar hacer ahora en relación con nociones un tanto problemáticas como lo son las de perspectiva de género y de feminismo.

La situación actual

Quiero empezar por reconocer que siempre he sido un adepto optimista del famoso *dictum* de Hegel, **todo lo real es racional**. Esta sentencia es

en realidad una variante del principio leibniziano de razón suficiente de acuerdo con el cual siempre hay una causa que explica lo que sucede. El principio, sin embargo, requiere ser adaptado a las circunstancias porque, por ejemplo, a menudo no hay una causa, sino múltiples causas, aunque el principio sigue siendo válido. Nuestro objetivo aquí y ahora es, entonces, decir algo sobre educación, pero tengo que advertir desde ahora que tendremos que hacer un largo recorrido para poder llegar a nuestro tema, por lo que será mejor empezar cuanto antes.

En primer lugar, quisiera llamar la atención sobre la oportuna relevancia del coronavirus para nuestros propósitos. No voy a entrar en polémicas acerca de su posible gestación y dispersión a lo largo y ancho del mundo. Es ese un tema demasiado complicado y no está directamente relacionado con nuestros objetivos. Lo que quiero es simplemente señalar que la pandemia que ahora azota a la humanidad se manifiesta de manera tal y tiene tales consecuencias que permite discernir con mucha mayor claridad ciertos fenómenos sociales, en el sentido más amplio posible de la expresión; fenómenos que por su magnitud resultan esenciales para comprender muchos otros. Quiero entonces empezar por proponer la idea de que a lo que en la actualidad estamos asistiendo es a una segunda versión de lo que Karl Marx llamó la ‘acumulación originaria del capital’. Como es bien sabido, en los últimos capítulos del primer volumen de su gran obra, y tomando como prototipo a Inglaterra, Marx **describe** con lujo de detalles lo que fue la aniquilación de la sociedad medieval rural y el brutal surgimiento de lo que entonces era la nueva sociedad, *i. e.*, la sociedad burguesa y la formación de dos grandes grupos sociales, dos clases sociales: la burguesía y el proletariado. A través de implacables leyes contra los pobres, el capital industrial impuso sus condiciones, entre las cuales estaba la generación de un inmenso ejército de reserva de mano de obra, cuya existencia era indispensable para echar a andar en el terreno de

la producción industrial los decisivos descubrimientos científicos de la época, como la máquina de vapor, con lo cual se transformó radicalmente el mundo laboral hasta entonces existente. El naciente capitalismo era simplemente imparable, pues representaba el progreso histórico, esto es, ante todo material, independientemente de que dicho “progreso” se lograra a través del sufrimiento de un porcentaje espeluznante de la población. Pensemos por ejemplo en la jornada de 18 horas durante las cuales hombres y niños caían como moscas en minas y fábricas.

La sociedad capitalista evolucionó, sus componentes se fueron matizando al grado de que ya desde los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial el mosaico social no se dejaba ya atrapar en categorías tan simples como “burguesía” y “proletariado”. La noción cruda de clase, una noción que como se sabe Marx dejó sin elaborar en el último capítulo del tercer volumen de *El capital*, se volvió, si no redundante, sí poco útil teóricamente. Ahora bien, eso ni mucho menos quiere decir que en lo esencial la estructura social se hubiera alterado. En el mundo sigue habiendo poseedores y gente que tiene que vender su fuerza de trabajo para vivir. Lo que sucede es que el mosaico social es ahora mucho más abigarrado y complejo que el que prevalecía en tiempos de Marx.

Retomemos nuestra hipótesis de arranque: lo que estamos viviendo es un colosal proceso de transferencia de riqueza, no solo de gobiernos, sino de millones de particulares y de pequeñas y medianas empresas y comercios básicamente en favor de las grandes transnacionales, como las farmacéuticas, las tiendas en línea (*e. g.*, Amazon), desde luego la banca mundial y entidades de esa índole. Si en Inglaterra se usó la violencia física brutal para imponer el nuevo orden, ahora se usa el coronavirus, independientemente de si este proviene de un pangolín, se escapó de algún laboratorio con cuatro niveles de seguridad o fue deliberadamente diseñado y puesto a funcionar por quienes les pagan a los laboratorios y

sus empleados. Este tema no es relevante para nuestro examen, porque nosotros nos estamos concentrando en los efectos constatables de una epidemia mundial, no en sus orígenes. Nuestra pregunta es: ¿qué hizo posible este proceso planetario de sometimiento a lo que de hecho son los órganos del nuevo gobierno mundial, como lo son la Organización de Naciones Unidas (ONU), la Organización Mundial de la Salud (OMS), la Organización Internacional del Trabajo (OIT), el Banco Mundial y así sucesivamente? Particularmente ilustrativo es el caso del conflicto entre el Gobierno argentino y la farmacéutica Pfizer, cuyas pretensiones y exigencias eran tan desmedidas que equivalían pura y llanamente a una mutilación profunda de la soberanía nacional. El Gobierno argentino no aceptó las imposiciones de Pfizer y, como castigo, se quedó sin vacunas, teniendo Argentina entonces que buscarlas en Rusia y en China, con la consabida oposición política de las élites y la estridente protesta de sus portavoces, los Lorets de Mola y los Brozos de esas latitudes¹.

Nuestra pregunta ahora es entonces la siguiente: ¿qué hizo posible toda esta transformación social mundial? Yo creo que la respuesta es evidente: lo que permitió y propició el cambio fue, en el sentido más general posible de modo que incluya también a la tecnología, la ciencia y, más concretamente, lo que podríamos llamar *la computarización de la vida*. El capitalismo es un sistema que se reproduce por su extraordinaria capacidad para avanzar en la eficiencia de sus procesos productivos. Así como una sola máquina de vapor podía tener la fuerza de 100 o más caballos y podía, por lo tanto, hacer redundante el trabajo de cientos de obreros, así también las computadoras hicieron redundante el trabajo de millones de personas en toda clase de empresas. El famoso *home office* no

¹ Tanto Carlos Loret de Mola (periodista) como Víctor Trujillo, alias "Brozo" (cartero), son propagandistas entregados en cuerpo y alma a la lucha en contra de la política del Gobierno del Lic. Andrés Manuel López Obrador.

fue más que el mecanismo para ir desprendiéndose de millones de empleados y empleadas y de echarlos a la calle, con —desde luego— sus prestaciones tal y como la ley lo determina. Obviamente, esto que estoy diciendo es simplemente una burla. Pagarle su indemnización y sus días de vacaciones a millones de secretarias, empleados, obreros, etc., es una medida económicamente mucho más eficaz que mantenerlos empleados trabajando a medias. Acatar las reglas del progreso tecnológico tiene un precio humano mayúsculo. La pregunta es: ¿es ello evitable? ¿Existe alguna sociedad que prefiera detener el avance material y evitar así el desastre humano que implica? Yo creo que no, aunque hay desde luego márgenes para una cierta transacción entre progreso y desprotección y esclavización humanas.

Hay un tercer factor que creo que es muy importante tener presente. Se trata de un proceso que se inició después de la Segunda Guerra Mundial y que cambió por completo el cuadro social; un factor histórico cuyas consecuencias eran quizá previsibles, pero que en todo caso las estamos viviendo ahora. Me refiero, desde luego, a la incorporación de las mujeres en los procesos de trabajo para la reconstrucción de un mundo destruido. La mujer dejó entonces de ser ama de casa, jefa de familia o como se le quiera describir para convertirse también en empleada, obrera, secretaria, artista, etc., etc., y poco a poco también en empresaria, política y miembro de las élites que toman las decisiones en muy variados contextos. No creo que sea muy difícil entender que en esta clase de procesos lo primero son los cambios materiales y posteriormente vienen los ajustes jurídicos y las justificaciones ideológica. Es evidente que el que la mano de obra femenina se haya incorporado masiva, brutalmente al mercado de trabajo tenía que tener implicaciones legales. Aquí hay que dejar en claro un punto de primera importancia, sobre todo para que no lo confundamos después con otras cosas: las reivindicaciones de las mujeres derivadas de su

conversión en agentes laborales **son perfectamente justas e inobjetables**. No hay nada más absurdo que tener una esposa que aporta al presupuesto familiar, para lo cual tiene que vender su fuerza de trabajo fuera de la casa, pero a la que se pretende tratar como si fuera una mujer de la sociedad precapitalista. Eso es simplemente ridículo. En la medida en que legalmente la mujer es una ciudadana más, una trabajadora más, tiene los mismos derechos y obligaciones que los hombres. Esto que acabo de decir es un vulgar enunciado analítico, por lo que no creo que tenga el menor sentido tratar de ponerlo en cuestión. Ciertamente, el trabajo libera, y eso pasó con la mujer en general.

Hay algo que es evidente de suyo pero que, curiosamente, a menudo la gente pasa por alto, a saber, que los efectos de cambios profundos en la infraestructura económica *tardan mucho en hacerse sentir*. No son ni pueden ser inmediatos. Así, por ejemplo, muchas reivindicaciones legítimas de las mujeres las estamos viviendo hoy cuando en realidad las raíces de dichas reivindicaciones se sembraron hace 70 años. Por qué el ritmo del cambio social es el que es un tema acerca del cual —lo confieso— no podría pronunciarme.

Hasta aquí el cuadro que he pintado me parece verídico pero relativamente simple. El asunto, sin embargo, se complica por dos factores de primera importancia: por una parte, los efectos en el plano de la ideología política por las transformaciones económicas y laborales y, por otra, los efectos de la ciencia en la vida humana. Considerémoslos rápidamente en ese orden.

A. *La nueva concepción de la lucha política*. Con la reconfiguración de la estructura económica de la sociedad se produjo un fenómeno un tanto curioso: dado que uno de los adversarios tradicionales en la confrontación política prácticamente desapareció del panorama, a partir de cierto momento la lucha política se tenía que entender

forzosamente de otra manera. Tradicionalmente, la lucha política se daba entre propietarios y trabajadores, y dichas clases sociales, a través de sus respectivos representantes, se enfrentaban permanentemente, negociaban, solicitaban la intervención de los gobiernos, etc. La confrontación en todo caso era, por así decirlo, de carácter *vertical*. Pero si uno de los adversarios prácticamente desaparece del panorama, ¿con quién sea tendría que luchar de ahí en adelante? ¿Con Bill Gates, con Jacobo Rothschild, con Jeff Bezos, con Sheldon Adelson?

Considérese un momento el caso de Amazon. El trabajador que menos gana en dicha empresa gana más o menos 12 dólares por hora, esto es, más o menos 3000 dólares al mes, o sea, unos 60 000 pesos mexicanos mensuales que, uno diría, es un muy respetable salario. Sin duda; solo que el dueño de la empresa, o sea, J. Bezos, gana 11 millones de dólares por hora. En otras palabras, las diferencias de clase no solo no han desaparecido, sino que se exacerbaron, se agudizaron, aunque el proceso de pauperización mundial en el que estamos metidos sea tal que los verdaderos adversarios de clase, esto es, los dueños de prácticamente toda la riqueza mundial, esa diminuta clase social para la cual, de una u otra manera, trabajamos todos, se hicieron invisibles.

Pero, por otra parte, como la interacción humana no cesa, entonces, aunque los intereses de clase no se esfumen y las necesidades materiales de millones de trabajadores y trabajadoras sigan siendo tan reales como siempre (o más), como ya no hay en el horizonte enemigos económico-políticos identificables, la lucha política cambia de cariz. Para seguir con la imagen, la lucha social dejó de ser una confrontación de carácter vertical para convertirse en una confrontación de carácter *horizontal*. En otras palabras, la lucha política entonces se *deseconomizó* y se *atomizó*, y se dejó de pensar en términos de clase. La lucha política empezó entonces a entenderse más bien como una

lucha entre gente de lo que es más o menos el mismo *status* económico y social. De ahí que, en lugar de reivindicaciones de corte económico, la lucha política se haya ido ideologizando de otra manera. Pero concretamente: ¿de qué manera? Aquí es donde entra en escena la ciencia. Veamos rápidamente cómo lo hizo.

- B. *La revolución sexual.* Para empezar, recordemos que la ciencia es, en el sentido relevante para nosotros, axiológicamente neutral; es decir, la ciencia proporciona resultados y estos son utilizados en función de intereses de la índole que sea. Los resultados de la ciencia están al servicio de quien quiera, sepa y pueda utilizarlos. Ahora bien, a raíz de descubrimientos genéticos y reproductivos, en los años 60 del siglo pasado se logró pasar a la etapa de producción de fármacos con miras a evitar la preñez o embarazo. Se inventó la píldora y, a partir de ese momento, la ciencia invadió e inundó el universo de la sexualidad humana y, de hecho, amplió el horizonte de dicha dimensión actualizando para ello una catarata de nuevas posibilidades: posibilidad de elegir el sexo del producto que se espera, de combatir la esterilización, de fertilización *in vitro*, de operaciones para cambiar de sexo, de maternidad subrogada y así indefinidamente. Estos logros científicos, como era de esperarse, fueron acaparados por lo que podríamos llamar los ‘sexualizadores sociales’, dentro de los cuales encontramos de todo: periodistas, ensayistas, filósofos, políticos, politólogos, psicoanalistas (lacanianos), artistas, traficantes, etc., y, como era de esperarse, automáticamente florecieron todos los negocios que giran alrededor del sexo (tráfico de mujeres, pornografía infantil, etc.). Y obviamente, una vez preparado el caldo de cultivo material conformado por las transformaciones económicas, las reivindicaciones sociales y los resultados científicos mencionados, brotó automáticamente la argumentación en favor de la homosexualidad, el

lesbianismo, el travestismo, el transexualismo, etc., por la sencilla razón de que todas esas prácticas ya estaban allí. Primero vino la preparación de las condiciones materiales de las prácticas, luego, las prácticas mismas, después, su racionalización y, en la etapa actual, la imposición de los valores, los principios, las perspectivas, etc., que se derivan de ellas. O sea, todo lo que ahora es real y está a la vista de todo mundo estaba *implícito* en la naturaleza humana, es decir, se ha desarrollado (y no es seguro de que ya hayamos llegado a los límites en esta área) lo que era *biológicamente posible* que se desarrollara, puesto que las transformaciones estructurales y las aportaciones científicas lo hicieron viable. Ahora, y aquí empiezan nuestros temas, todos estos cambios acarrearon a su vez cambios radicales en otros contextos. ¿En cuáles? Dicho de la manera más general, en *contextos culturales* y, por consiguiente, también en el ámbito de la educación infantil, media y superior. Es en torno a temas de esta naturaleza que quisiera pronunciarme.

Perpectiva de género y feminismo

En la actualidad, la sexualización de la política fluye por dos cauces diferentes, aunque emparentados: a) la perspectiva de género y b) el feminismo. Consideraré ambos temas en ese orden y desde la plataforma que, a grandes rasgos, he delineado.

- A. *Perspectiva de género.* Si lo que he afirmado tiene visos de verdad, queda claro que lo que se conoce como ‘perspectiva de género’ no es otra cosa que una radical reorganización superestructural, esto es, la racionalización y la sistematización teóricas adecuadas a lo que fue una colosal reorganización estructural del mundo, que obviamente no era opcional, puesto que correspondía simplemente a una fase determinada en el desarrollo de las fuerzas productivas.

Obviamente, dicha renovación ideológica tiene como su principal objetivo asegurar que la mitad de la población mundial goce ya de los derechos que tiene todo agente productivo, cualquier *homo economicus* más. Salta a la vista que, para la economía mundial, la mano de obra femenina en todos los contextos de la vida productiva es en la actualidad simplemente imprescindible. Sencillamente no hay forma de garantizar la alimentación, la educación, la gobernanza, la investigación, el comercio, el turismo, el deporte, etc., sin la participación de las mujeres. Los 7000 millones de seres humanos que pueblan el planeta no pueden darse el gusto de desaprovechar o desperdiciar la fuerza de trabajo de la mitad de la población mundial. En realidad, el modo de vida que de hecho tiene su justificación ideológica en eso que ahora se denomina ‘perspectiva de género’ es un modo de vida que empezó a instaurarse en el mundo desde hace ya muchos años. Naturalmente, la incorporación de la mujer al trabajo significaba y tenía que implicar un choque cultural fuerte, un conflicto con multitud de lo que a partir de cierto momento ya se vería como prejuicios, con creencias muy enraizadas, con ideales de vida propios de otras formas de organización social, etc., y tales que al irse haciendo obsoletos tenían que ser modificados o abandonados de manera relativamente rápida. Era inevitable que un proceso así provocara un sinfín de situaciones dolorosas, penosas, en gran medida incomprensibles y que *de facto* modificaron la perspectiva heredada de la vida del hombre, de la mujer y de las relaciones entre ellos. En cierto sentido, yo diría que podemos —y quizá deberíamos— ver en la perspectiva de género simplemente un elemento más de lo que es el sentido común de nuestra época. Es perfectamente comprensible que, dado que el cambio en la estructura económica y productiva de

la sociedad fue inmenso, su reflejo en el terreno ideológico —esto es, la perspectiva de género—, sea igualmente enorme. La niña/mujer/anciana, esto es, La Mujer, fue ocupando *de facto* un nuevo lugar en la vida social, pero la justificación *de jure* de dicho cambio se produjo casi medio siglo después y fue más bien súbita. Quizá a eso se deba que muchos hombres perciban o resientan la idea misma de “perspectiva de género” como una imposición arbitraria e incomprensible y que no entiendan, en parte también porque nadie se los explica, que llegó el momento histórico de compartir derechos y obligaciones de manera equitativa entre mujeres y hombres. Si lo que he dicho es acertado, luchar en contra de la perspectiva de género es pretender ir en contra del movimiento de la historia que, como la flecha del tiempo, se mueve en una dirección y es simplemente irreversible.

- B. *Feminismo*. Algo muy diferente de la perspectiva de género, aunque a menudo presentado como si se traslapara con ella, es el feminismo. A diferencia de la perspectiva de género, que es un esfuerzo por darle coherencia a la vida social tratando de armonizar la vida productiva de las mujeres con los derechos que normalmente acarrea la incorporación al mercado de trabajo, el feminismo es a la vez un movimiento sectario y, por lo tanto, minoritario, y una ideología fundada en multitud de convicciones pseudocientíficas, de carácter abiertamente revanchista y fundada en una concepción ultrasexualizada de la vida humana. En lo que sigue, intentaré presentar de manera sucinta una especie de radiografía del feminismo a fin de entender por qué es una doctrina y un movimiento que simplemente no tienen futuro.

Quizá lo primero que habría que señalar es que el feminismo no emana de movimientos obreros, de luchas sindicalistas, de organizaciones de

trabajadores que reivindican frente a patrones o gobiernos derechos o apoyos de diversa índole. No. El feminismo tiene un origen claramente burgués, y más bien pequeño burgués, y arranca con escritos y manifestaciones de intelectuales, literatas, artistas, periodistas, etc., que llevaban una vida relativamente tranquila pero que estaban profundamente inconformes o insatisfechas en su relación con el Hombre, en abstracto. El feminismo, por lo tanto, es una ideología de clase media, lo cual le fija *a priori* su alcance y límites. Para exemplificar, y dicho de manera un tanto cruda: ni hijas de banqueros ni mujeres campesinas hacen suya una perspectiva feminista. Ahora bien, ¿cuál es, por así decirlo, la columna vertebral doctrinal del feminismo? Retomando algo que ya dijimos, podemos afirmar ahora que en el caso del feminismo el proceso de deseconomización de la política fue sustituido por el de sexualización de la política. El feminismo, por lo tanto, lleva implícitamente en sí mismo el repudio de toda idea de lucha de clases y de lucha contra la explotación del hombre por el hombre. Naturalmente, el feminismo se fue paulatinamente expandiendo e impulsó con fuerza (y, debo decir, con éxito) la diversidad de las modalidades de la vida sexual. Homosexualidad, transexualismo, transgenerismo, etc., son vías de realización sexual que recibieron un fuerte apoyo por parte del feminismo. Obviamente, la clave de dicha expansión está en la distinción y separación de los conceptos de sexo y género, una separación factualmente realizable por la medicina contemporánea. El feminismo, por lo tanto, concibe la política desde la plataforma de la sexualidad y no desde la plataforma de la lucha de clases.

Ahora bien, dejando de lado el origen de clase del feminismo, podemos preguntar por las *razones* que se dan en relación con su surgimiento y la más socorrida es que es una reacción frente a la violencia ejercida cotidianamente en contra de las mujeres. Yo diría que cualquier persona mínimamente sensata y en sus cabales admitiría de entrada que está en

contra del maltrato a la mujer, pero también en contra del maltrato de las personas de sexo masculino. Y es precisamente en este punto que empiezan a brotar tergiversaciones y pseudoexplicaciones. La violencia contra la mujer se combate de exactamente el mismo modo como se combate la violencia contra el hombre, esto es, con la policía, la impartición de justicia y, más en general, con la aplicación sistemática de las leyes. Pero el feminismo quiere otra cosa: quiere que se reconozca que la violencia contra la mujer es *cuantitativamente peor*, moralmente peor que la violencia contra los hombres, los niños o los ancianos. Hemos oído a derecha e izquierda en diversos foros afirmaciones tajantes como “hay que reconocer que México es un país en donde se matan mujeres, un país de feminicidios”. Nadie puede negar eso, puesto que sabemos que hay alrededor de diez mujeres asesinadas por día en nuestro país y eso es inaceptable, solo que por cada diez mujeres que matan mueren 90 hombres. ¿Cómo vamos a describir la masacre de los seres humanos masculinos? Si los feminicidios son horribles, horrendos, imperdonables, etc., ¿cuál es el lenguaje adecuado para los homicidios? El querer acaparar el lenguaje para la descripción de los asesinatos de mujeres nos deja sin un lenguaje para hablar de los asesinatos de hombres. Y el punto es precisamente que es parte del objetivo del feminismo establecer como normal desbalances de esta clase. Y en alguna medida lo ha logrado, lo que es a mi modo de ver simplemente terrible e inaceptable. Supongamos que dos sicarios asesinan cada uno a un hombre y a una mujer: ¿por qué el que asesina a la mujer recibe una condena mayor que el que asesina a un hombre? O dicho de otro modo: ¿por qué, sobre qué bases, sobre qué argumento ontológico o *Weltanschauung* se atreve alguien a sostener que la vida de una mujer es *esencialmente más valiosa* que la vida de un hombre? Yo reconozco que en las circunstancias en las que vivimos no

logro visualizar ningún argumento, ni *a priori* ni *a posteriori*, que permita justificar semejante jerarquización ontológica.

Aparte de la violencia contra la mujer, que no negamos que exista y que evidentemente no aspiramos a justificar pero sí a dimensionar debidamente, está la lucha por la igualdad. Así planteadas las cosas, y tal como lo argumenté en mi libro *Filosofía de la política*, hablar de igualdad a secas es simplemente emitir sinsentidos. El uso correcto del concepto de igualdad exige que especifiquemos *en relación con qué* estamos demandando ser iguales: ¿en relación con el derecho al trabajo? Eso ya está regulado y en todo caso lo que hay que hacer es perfeccionar el código laboral; ¿igualdad de seguridad personal? Yo no creo que haya un código penal en nuestros tiempos en los que se diferencie entre hombres y mujeres con respecto a los delitos cometidos. El hombre o la mujer que cometen un desfalco a la nación, estafan a una persona o le roban su celular son susceptibles, si se demuestra su culpabilidad, de la misma pena. La pregunta entonces es: ¿en relación con qué está la mujer en estado de desigualdad frente al hombre?

Yo pienso que es claro que el feminismo, tanto por sus orígenes como por sus objetivos, es una ideología de guerra en contra del Hombre y, como cualquier otra ideología, puede tener alguna justificación, por mínima que sea, pero aquí lo importante me parece ser más bien lo siguiente: ¿en nombre de quién hablan las feministas? Porque ciertamente no lo hacen en nombre de lo que podríamos llamar la ‘mujer normal’, la ‘mujer estándar’, la ‘mujer trabajadora’. El movimiento feminista *no es representativo* de la mujer campesina ni de la mujer obrera ni de la mujer empleada en el comercio, en las empresas, etc. El núcleo del conglomerado receptor del mensaje feminista se encuentra básicamente en los medios académicos y políticos. Y esto último es perfectamente comprensible: el feminismo hace del hombre el enemigo natural de la mujer, pero para la

mujer media el hombre es más bien su *compañero natural*. Es, pues, comprensible que el feminismo no sea un movimiento atractivo para las mujeres en su conjunto, esto es, para las mujeres que quieren vivir en concordancia con la naturaleza, tener hijos, un compañero de vida y afecto, etc. La defensa de esa clase de mujeres ciertamente no proviene ni puede provenir de un movimiento como el feminista.

Que ello es así es algo que cualquier mujer capta tan pronto entiende lo que serán los potenciales efectos del triunfo feminista, algunos de los cuales de hecho ya empezaron a hacerse visibles, aunque quizá también por otras razones. Por ejemplo, con el triunfo del feminismo el matrimonio, tal como lo conocemos, prácticamente se acaba: sencillamente habrá cada vez menos hombres, si es que lo hay todavía, que frente a un estado jurídico y social desequilibrado quiera siquiera casarse y tener hijos y exponerse a que en cualquier momento le quiten la mitad de su sueldo, a sus hijos, le prohíban acercarse en tres cuadras a la redonda de la casa donde viven, etc. El feminismo inyecta insidias en la célula social que es la familia y para que haya familia tiene que haber dos, cosa que si el feminismo triunfa no se va a dar. Pero además muchas mujeres lo que quisieran sería precisamente escapar del yugo al que los requerimientos económicos del mundo las sometieron. Aquí sí hay un problema real: obviamente se vive mejor si en lugar de un sueldo hay dos para mantener una casa y una familia, pero ese mejor estándar de vida está condicionado a tener dos trabajos. Naturalmente, la evolución es hacia una nueva división de trabajo al interior de la familia, que es ciertamente lo que está pasando, pero en todo caso eso no se debe al feminismo sino a la reestructuración económica de la sociedad y a su correspondiente “perspectiva de género”. El ideal perfectamente legítimo de muchas mujeres de ocuparse de su casa, sus hijos, su familia, etc., desarrollando

quizá alguna actividad extra en función de la situación que prevalezca, es un ideal femenino opuesto al del feminismo.

Yo admito que no puedo en unas cuantas cuartillas redactar un documento exhaustivo en torno a un movimiento tan complejo como lo es el feminismo, lo cual tampoco era mi objetivo, pero creo que sí podemos señalar algunas consecuencias negativas más bien obvias y, en algunos casos, simplemente ridículas. Considérese el así llamado ‘lenguaje inclusivo’. No me propongo hacer una vivisección de dicho “lenguaje”, que me parece una propuesta simplemente superficial y grotesca, por lo que me limitaré a señalar su carácter fatuo y vano. La persona que pretende usarlo lo introduce *desde* un lenguaje natural particular, el cual *ya* incorpora la distinción “masculino/femenino”. Es al interior de un sistema de signos regido por dicha distinción que se pretende sobreponer su supresión. Es como si al lenguaje de los colores tal como lo conocemos quisiéramos sobreponerle un uso nuevo de ‘verde’, de manera que a partir de ahora ya no hablaríamos de verde ni de azul sino de ‘verzul’. Dado que las palabras ‘verde’ y ‘azul’ seguirían en circulación, el resultado es que cuando usara ‘verzul’ el oyente normal no sabría si lo que quiso decir el inclusivista de los colores es que el objeto es verde o que es azul, con lo cual se estaría generando un caos lingüístico que no lleva a ninguna parte. De hecho, lo que el inclusivista coherente estaría haciendo sería tratando de inventar un lenguaje que solo él conocería, pero por bien conocidos argumentos en los que no entraré podemos con confianza concluir que no se trataría de un lenguaje inteligible y, por lo tanto, no sería un lenguaje. La verdad es que no se puede tomar en serio la propuesta del lenguaje inclusivo, propuesta que no pasa de ser como una tarjeta de presentación.

Que el feminismo es una ideología que hace trampa es algo que percibimos tan pronto comprendemos sus propuestas. Considérese la propuesta de que en la Cámara de Diputados, en las escuelas, en las empresas, en los

bancos, etc., el porcentaje de mujeres sea igual al de hombres. Eso es una trampa. ¿Por qué? Porque lo que la perspectiva de género garantiza es que las mujeres gocen de las mismas *posibilidades* de triunfar, que compitan en las mismas condiciones que los hombres para obtener un lugar en el mercado de trabajo. Eso es lo que se ganó, esto es, la igualdad de posibilidades, pero el mercado libre es un mercado de competencia y en él gana el o la mejor. En cambio, el feminismo quiere tener de entrada garantizada su cuota y puede ser que lo logre, pero claro está eso es hacer trampa y ello influye en detrimento de toda clase de meritocracia. Es como algunas preseas que se ofrecen y que ya no se otorgan por consideraciones de mérito laboral, sino por orden alfabético. Es claro que la presea en cuestión no tiene ya absolutamente ningún valor. Así pues, lo primero que se ve afectado por el feminismo es toda clase de meritocracia. Si después de exámenes, tests, pruebas, etc., resulta que los mejores elementos en un 80 % del personal son mujeres, entonces que ellas ocupen los puestos y no nada más el 50 %. Lo justo es que los puestos sean para los mejores elementos, independientemente de que sean hombres o mujeres, compitiendo claro está en igualdad de circunstancias.

Una pregunta crucial, y con esto termino esta veloz discusión, es *¿hasta cuándo seguirán vigentes la perspectiva de género y el feminismo?* Yo pienso que la primera es una visión de la vida que, como la noción de derechos humanos, llegó para quedarse y formar parte de la concepción estándar del mundo. La única forma de desprenderse de ella sería volviendo a rediseñar la estructura económica del mundo y eso no va a suceder por lo menos en los próximos siglos. Con el feminismo, la situación es, una vez y cada vez más, diferente. Hasta donde logro ver, el único mecanismo viable para determinar la vigencia o caducidad de tal o cual propuesta ideológica es el cálculo de costos y beneficios, la contrastación de la utilidad y el perjuicio que ocasionan. Un contraste de

esta naturaleza se puede realizar en muy diversos contextos pero, sin duda alguna, uno de ellos es el de la educación escolar. Sobre esta temática quisiera para terminar decir unas cuantas palabras.

Los vaivenes de la educación

Quizá no esté de más hacer el recordatorio de que cualquier producto, resultado o descubrimiento científico es, en potencia o en acto, una mercancía. Así, la disociación teórica y experimental de los conceptos de sexo y de género muy rápidamente fue explotada y abrió casi automáticamente un mercado inmenso, casi podríamos decir potencialmente infinito, de productos de toda índole en el universo de la sexualidad. Naturalmente, el movimiento feminista aprovechó muy sagazmente esa apertura, fundándose para ello en su turbia identificación con la perspectiva de género, solo que lo hizo para hacer avanzar su propia agenda. Ahora bien, quisiera llamar la atención en este punto sobre el hecho de que la estrategia feminista se funda en una distinción espuria que luego es aplicada en contextos de acción y de toma de decisiones. ¿A qué equivocación conceptual me refiero? Una cosa es una distinción conceptual y otra una separación factual. Desde luego que, por razones más bien obvias, podemos y debemos distinguir entre los conceptos de sexo y de género, pero eso no implica ni autoriza a separar aquello a lo que refieren de manera sistemática factual o empíricamente. Yo puedo distinguir el concepto de color del concepto de forma, pero no hay ninguna mancha en el universo que solo tenga color o que sólo tenga forma. Ciertamente son dos cosas diferentes, pero el hecho es que siempre vienen juntas. Descartes distinguía entre el “yo”, la sustancia pensante, y su esencia, esto es, el pensar, pero él habría rechazado la idea de que se puede aludir al “yo” sin aludir, implícita o explícitamente, al pensar. Lo mismo pasa con los conceptos de género y sexo. Es una falacia que raya en lo

grotesco argumentar que, porque lógicamente se les puede distinguir y porque es posible factualmente separar sus respectivas referencias, la misión racional consiste entonces en imponer dicha distinción en la realidad y casi obligar a recurrir o a manipular los conceptos en cuestión de forma separada. Como dije, una cosa es una *posibilidad* que la ciencia abre y otra la utilización irrestricta de dicha posibilidad. La ciencia por sí misma ciertamente *no* indica *cómo* se *deben* aplicar los conceptos de género y de sexo. Hasta donde mi razón me permite entender, yo diría que la invención de géneros es viable o factible si y solo si hay también invención de sexos, pero hasta donde yo sé ni siquiera el hermafroditismo es por ahora factible. ¿Por qué, entonces? ¿Sobre qué bases se opera tan displicentemente con categorías que son, desde un punto de vista cultural, muy importantes y potencialmente explosivas?

Consideremos los textos de ciencias naturales para Primaria y Secundaria. Hasta donde logro ver, se ha instaurado a través de ellos una cultura que *no* tiene nada de científica, salvo por el hecho de que los contenidos se apoyan en resultados científicos sueltos y, por ende, teóricamente asignificativos. Además, y como bien lo señaló Bertrand Russell, es claro que la ciencia es éticamente neutra y, por lo tanto, la decisión de usar dichos resultados en un sentido o en otro no es ella misma científica. Con exactamente los mismos resultados se puede implementar una cultura diferente. Ahora bien, ¿qué características tiene el proyecto educativo actual? La respuesta es simple: parecería que el objetivo es imponer una visión esencialmente sexualizada de la vida, la sexualización a ultranza de la vida humana. La podríamos también llamar el ‘proyecto de desgeneración’ o quizá de ‘proliferación genérica’ o también, por sus implicaciones, el ‘programa de destrucción paulatina de la familia tradicional’. Lo terrible de la política educativa actual es no solo que se le da a los niños datos científicos truncados, sino que se les induce a pensar

que el sexo es el eje primordial, la plataforma fundamental y última de la vida humana.

Yo estoy en contra de eso que, desde mi punto de vista, es simplemente una sobrevaloración del sexo y estoy persuadido de que eso no corresponde a una perspectiva de género, que más que una expresión de reivindicación de los derechos de la mujer es un esfuerzo por hacer valer lo que podríamos llamar el ‘omnisexualismo’ feminista. Yo creo que eso es una visión repulsiva e inaceptable, teórica, axiológica y políticamente.

Pienso que una vida humana completa y feliz es aquella en la que la sexualidad es vivida plena y satisfactoriamente, pero que ocupa en la existencia humana el lugar de un pequeño engranaje en una maquinaria enorme. En mi opinión, hay una relación inversamente proporcional entre el pansexualismo feminista, que es la plataforma desde la cual se pretende hacer política, y el refinamiento espiritual y cultural de las personas: mientras más obsesione el sexo a una persona, menos tendrá esta otros intereses, intereses genuinos en otras áreas fundamentales de la vida y, por consiguiente, menos libre será. Pasa como con cualquier otra pasión o vicio o, como se le caracterizó desde el siglo VI de nuestra era, pecado capital, como la avaricia. Alguien obsesionado por el dinero, movido por la codicia, motivado por un deseo insaciable de acumulación termina por no saber pensar en otra cosa que en amasar dinero y por medir las actividades y a las personas en función de su relación con el dinero, desde la perspectiva del dinero. Eso no puede estar bien y vale por igual para los obsesionados del sexo.

Yo pienso que *urge* en México una discusión abierta y libre sobre estos temas, una discusión que la violencia feminista ha sistemáticamente bloqueado. No sé si ello tenga algo que ver con puntos de vista frágiles y con falta de argumentos, pero en todo caso creo que es hora de que

hagamos valer el valor supremo de nuestras universidades que es, si no estoy en un error, la libertad de expresión y de pensamiento.

Referencias

Wittgenstein, L. (1967). *Zettel*. Basil Blackwell.